



Deslumbrados

El hombre siente un temor atávico a la oscuridad y una atracción irresistible por el cielo estrellado. Durante milenios la tecnología desarrollada por la humanidad ha generado un balance cuasi-estable entre la fobia y la filia. La primera observación telescópica del Universo, hace sólo cuatrocientos años, todavía estaba acompañada de teas y hogueras para ahuyentar la oscuridad. Una tecnología sensiblemente inferior a la que permitió a Galileo descubrir las lunas de Júpiter.



El advenimiento de nuevas fuentes de energía y el crecimiento de las grandes poblaciones empezaron a cercar los cotos astronómicos a principio del siglo XX. A medida que teníamos mejores y mayores telescopios teníamos menos lugares donde nos pudieran ser útiles. Seguíamos queriendo escrutar nuestros cielos pero el miedo a la oscuridad parecía estar venciendo. A esta tendencia general se unió un sentimiento de nuevos ricos en la España de finales del siglo XX. Podíamos pagar mucha energía y, entonces, ¿por qué no derrocharla? Eso hemos hecho. Hoy día nuestras ciudades y pueblos se deslumbran observándose. ¡A ver quién le echa más fotones al asunto!, parece ser el grito de la mayoría de nuestros alcaldes.

En ese mismo período de tiempo la astronomía española ha experimentado un crecimiento en calidad y cantidad que también ha deslumbrado a propios y extraños. Este resurgir tuvo sus cimientos en la calidad de nuestros cielos para la práctica de la astronomía. Dos grandes observatorios internacionales se construyeron en la península y en las islas Canarias, a mediados de los setenta. Un crecimiento económico más o menos continuado y una gestión de los recursos más o menos sensata, propiciados por un régimen democrático, hicieron el resto. Hoy día hay unos mil astrónomos en España en diferentes situaciones profesionales, varios centros de investigación de alta calidad, mantenemos los grandes observatorios de los setenta y estamos erigiendo algunos nuevos y hemos aprendido a construir telescopios e instrumentos cada vez más sensibles para seguir estudiando el cielo. Pero, ¿qué cielo? Ahí es donde hemos perdido la batalla. Cualquiera que lleve algunos años en

esta profesión habrá notado cómo el contraste entre el brillo de las estrellas y la negritud del fondo del cielo es cada vez menor en las inmediaciones de los telescopios españoles. Y esto es algo que difícilmente se pueda vencer con tecnología más sofisticada, salvo sacar nuestros telescopios al espacio exterior.

Si la cuestión afecta sólo a mil astrónomos españoles, pues tampoco la cosa parece muy relevante. El argumento podría valer si no fuera de un ingenuo simplismo. Un cielo estrellado no es sólo un capricho de los astrónomos sino un derecho natural del hombre, como el de respirar aire puro o zambullirse en aguas cristalinas, una fuente de placer y de vida que no tenemos derecho a dilapidar. ¿Cuántos niños han visto la Vía Láctea en pueblos y ciudades de más de treinta mil habitantes?, ¿qué les vamos a contar de las galaxias cuando ni siquiera han podido ver el maravilloso círculo lechoso dónde habitamos?, ¿a quién le va a interesar un mundo que no conoce ni ha sentido?, ¿dónde debemos plantar ahora nuestras mitologías?

Tenemos un reto, un gran reto de la sociedad para los próximos años. Debemos alcanzar un compromiso entre el miedo y la curiosidad. Dejar de deslumbrarnos con carísimos fuegos de artificio y dejarnos deslumbrar por una noche estrellada. El proyecto NixNox en colaboración con asociaciones astronómicas de aficionados es la apuesta de la SEA. El objetivo es localizar lugares en España donde se pueda disfrutar del cielo nocturno oscuro y estrellado. Se pretende así crear una plataforma que anime a la sociedad a contemplarlo y a las administraciones locales a cuidarlo.

¿Cuántos niños han visto la Vía Láctea en pueblos y ciudades de más de treinta mil habitantes?